

DEBATE. Democracia en Latinoamérica / **Sonia Fleury**

Diez días que sacudieron Brasil

Cuando todo parecía en calma, las manifestaciones populares se extendieron por los principales centros del interior de Brasil, movilizándose sólo el día 20 de junio a más de 1,4 millones de personas que sacudieron la nación dejando a la clase política aturdida. Las calles fueron tomadas por la ciudadanía y la política se convirtió en el centro de los debates y preocupación de todos los brasileños, incluso mientras se celebraba la Copa Confederaciones. El lema “el gigante se despertó” fue ampliamente utilizado durante las movilizaciones en referencia a un verso del himno nacional brasileño que establece el país como “eternamente acostado en cuna espléndida”.

En su mayoría compuestas por jóvenes que nunca antes habían participado en manifestaciones políticas, movilizadas a través de las redes sociales, una multitud creciente en una espiral cada vez más amplia y diversa ocupó los espacios públicos agrupada en torno a la lucha inicial por la reducción de las tarifas de transporte público. Las autoridades públicas y los medios de comunicación intentaron minimizar el potencial de las manifestaciones, mostrándolas como inconsecuentes movimientos de jóvenes de clase media alta, poco afectados por la tarifa del transporte urbano para, poco después, pasar a descalificarlos como actos de vandalismo y de individualismo anárquico. Pero más adelante asistieron perplejos y atemorizados a esta insurgencia de carácter epidémico a la que se sumaron nuevos grupos de toda edad que añadían a la demanda inicial una profusión de reclamaciones relacionadas con los servicios públicos brasileños.

Iniciada a partir de la convocatoria del Movimiento Pase Libre (MPL), un grupo que consta de 40 militantes en São Paulo y que desde hacía mucho trabajaba en la difusión del debate sobre el derecho al transporte gratuito, las primeras manifestaciones tuvieron lugar precisamente en São Paulo. La dureza de la policía en la represión contra los manifestantes, un comportamiento típico en sus incursiones en las favelas y barrios obreros, terminó sirviendo de fermento para espesar el pastel de la corriente de quienes exigían una política de seguridad más democrática. La consigna “No son los 20 céntimos, son nuestros derechos” unificó a una masa heterogénea de manifestantes.

El comienzo del ciclo de las megamanifestaciones estuvo marcado por la presencia de más de 100.000 manifestantes, cuyas túnicas blancas habían iluminado el 17 de junio el centro de Río de Janeiro. El poder desconocido de las masas dejó de ser virtual, demostrando la fuerza de un modelo de movilización, reticular y horizontal, apartidista y plural. Un gran número de peticiones, expresadas en carteles hechos a mano, llenos de originalidad, humor y crítica hacia los “poderes podri-

dos”, articuló la micropolítica de la vida cotidiana con la elaboración colectiva de una agenda nacional. El crecimiento de las movilizaciones trajo también consigo un estancamiento en las reivindicaciones que se enfocaron en la calidad de los servicios de transporte público, la salud, la educación; en la definición de las prioridades que beneficiaban intereses individuales

Las autoridades y los medios de comunicación intentaron minimizar el potencial de las manifestaciones

en detrimento de las necesidades colectivas y en la persistencia de la corrupción en todo el sistema político. El cierre simbólico de este ciclo se produjo cuando los residentes de dos favelas de Rocinha y Vidigal, en la zona sur, bajaron a manifestarse de forma pacífica y ordenada frente a la



JAVIER AGUILAR

residencia del gobernador de Río de Janeiro, al que exigieron que en lugar de la prevista construcción de un teleférico –que es el modo de transporte que permite a los turistas una visión panorámica de los barrios marginales– los recursos se invirtieran en saneamiento de aguas negras.

Es imposible separar este movimiento de alcance nacional de los megaeventos y de las transformaciones urbanas que se

Un plebiscito debe impulsar la reforma política, pero nada garantiza que no termine en un proyecto muy conservador

han producido. La espectacularización organizada por los medios de comunicación y el discurso del Gobierno sobre un país de clase media, con las ciudades pacificadas, capaz de insertarse en la economía global a través de un mercado interno pujante y de la atracción de inversiones para el patrocinio de grandes acontecimientos, han producido un factor inversamente proporcional al deseado.

La población se manifestó siguiendo el

tirón de los partidos de la Copa, pero separó esa promoción simbólica de los problemas y necesidades de los ciudadanos, del uso de fondos públicos para grandes inversiones en la renovación de estadios, de otras reformas urbanas y de la creciente asociación entre gobernantes y empresarios en el proceso de la toma de decisiones autoritarias.

La reacción de las autoridades pasó del autismo a la justificación de los gobernantes locales y regionales de la prohibición y/o el uso de la represión indiscriminada como medio para la lucha contra el vandalismo de las manifestaciones. El crecimiento de las manifestaciones dio paso a un fenómeno inusual en la política brasileña: gobernantes convocados a conferencias de prensa para anunciar la retirada del aumento de los precios. Inusual fue el hecho de hacer públicas sus acciones y dar cuenta de su responsabilidad, en algunos casos tratando de abrir la caja negra de los contratos de concesión a las empresas de transporte municipal, como sucedió en São Paulo, mientras que en otros casos, como en Río de Janeiro, intentaron evitar el conocimiento público de los contratos.

La hiperactiva reacción de los tres poderes mostró la desorientación en la que se encuentran. La presidenta, inicialmente desfavorable a las manifestaciones pacíficas, terminó trabajando en estrecha colaboración con los gobiernos locales para facilitar la revocación de las tarifas. También fue la primera en tomar la iniciativa de recibir a los manifestantes, buscando soluciones de forma errática a las demandas populares. La presidenta terminó instalándose en la reforma política como una manera de liberar al Gobierno de sus alianzas con los partidos tradicionales y así poder responder a la voz de la calle. Los analistas políticos culpan al presidencialismo de coalición de haber hecho de los gobiernos del PSDB y el PT rehenes de sus aliados conservadores en el Congreso, haciendo imposible profundizar en los cambios. Así las cosas, la convocatoria de un plebiscito debe impulsar sin duda la reforma política, pero nada garantiza que no termine en un proyecto muy conservador.

Esta última solución no tiene en cuenta los mecanismos de vaciamiento creciente de la participación ni la falta de transparencia en la relación entre gobernantes y empresarios, así como la adhesión de fuerzas partidistas y sindicales al Gobierno, con el consiguiente alejamiento progresivo del mismo de la dinámica social. El análisis ignora el papel de los comités de la Copa Confederaciones, que difundieron información sobre los contratos de obras y remociones arbitrarias que se están realizando en barrios pobres y áreas degradadas, e ignora la importancia de la participación social en la elaboración de la ley Ficha Limpia mediante una iniciativa popular legislativa. Como ignora otra serie de iniciativas que en conjunto desafían la transformación de la ciudad en una mercancía inserta en un circuito de reproducción del capital y especulación financiera.●

Pilar Rahola



¿De qué se ríe Navarro?

Leo en la web de la Fundación Ideas un artículo de Víctor López Iglesias, titulado “El retorno del espíritu de Santillana del Mar”. El artículo está datado en marzo pasado, de manera que no se refiere al reciente acuerdo de Granada que tan exultante ha dejado a Pere Navarro, pero es premonitorio. En él, López Iglesias plantea la necesidad de retornar al espíritu del consenso que en el 2003 unificó en un mismo texto las pretensiones de Maragall, los rechazos de Bono y Rodríguez Ybarra y la voluntad de pacto de un Zapatero aún por descubrir. Ayer mismo, en TV3, Joan Culla aludía también a Santillana, al referirse al acuerdo de Granada, de manera que parece evidente que, diez años después, el PSOE y el PSC han dado la vuelta al mundo y, como acostumbra a pasar con dicha vuelta, han retornado al mismo lugar. También, como entonces, todo ello pasa con un socialismo en el duro asfalto de la oposición y sin perspectivas de ganar las elecciones, de manera que incluso si hay alguna promesa, ya se la llevará el viento del poder. Diez años después, Pere Navarro repite histrionismo eufórico y, co-

Ante las tres negaciones: no a lo que somos, no a lo que necesitamos y no al derecho que tenemos, ¿de qué se ríe?

mo Maragall, nos vende como el sùmmum de la “novedad” y el “avance” lo que es una oxidada canción. Rueda esforzadamente el pobre hámster del socialismo catalán, y nunca llega a ninguna parte.

¡Qué tomadura de pelo! Y por decirlo no lo dice quien esto escribe, sino una larga lista de nombres propios del PSC que han expresado su desencanto y su indignación. Jordi Martí, su líder en Barcelona, lo ha resumido con precisión: “Sólo es un intento de perpetuar el relato autonómico”. Lo cierto es que, incluso leído el texto con buena intención, es muy difícil encontrar algún clavo al que agarrarse desde la perspectiva de los intereses catalanes, y para muestra el botón de las tres negaciones de Judas en la santa cena de Granada:

Catalunya no es una nación; Catalunya no tiene derecho a decidir su destino; y aunque se habla tímidamente de la ordinalidad, de ninguna manera se ata con ninguna protección constitucional. Es decir, no a lo que somos, no a lo que necesitamos y no al derecho que tenemos.

Entonces, ¿de qué se ríe tan efusivamente el bueno de Navarro? ¿Qué le hace tanta gracia? Y, sobre todo, ¿de qué manera va a conseguir, en plena marea soberanista, que se compre como un avance lo que es el enésimo pacto para consolidar la estafa autonómica? Sinceramente creo que Pere Navarro tiene buenas intenciones y, probablemente, es un esforzado Job de paciencia bíblica. Pero cuando la espera es eterna, lleva al cementerio. Y a estas alturas del siglo XXI, con toda la que ha caído, que el PSC nos intente vender este pacto como el viaje hacia algún lugar dice mucho de lo perdidos que están. No es que el PSC naufrague en el mar de sus indecisiones, sus renuncias y sus miedos. Es que ya se ha bebido toda el agua del océano y aún no se ha enterado de que se ha ahogado.●